

YA DEMASIADO

Como pasa con casi todos los papás, el papá de Joaquín se moría de ganas por ser lo máximo para su hijo. Hacía grandes esfuerzos, solo que a veces exageraba: si peleaba con Joaquín, tenía que ingeniárselas para crear una lucha terrible y convertirse en el peor enemigo del universo. No importaba que fuera un monstruo galáctico o un ogro de las cavernas, pero debía actuar ágil como el relámpago y superrápido. Claro que la pelea, al final, la ganaba Joaquín.

Lo importante para el papá era parecer el peor de los enemigos (el más horrible y el más furioso) y perder de todas maneras.

Pongamos que se hubiera caído la pelota al techo. Como no había escalera para subir, el papá tenía que hacer acrobacias para salir por la ventana más alta...

Imagina lo que tenía que hacer: arrimar la mesa del escritorio, poner encima una silla y luego un banquito. Entonces subía despacio, haciendo equilibrio como un trapecista.





Una vez arriba, abría la ventana y se impulsaba. Primero sacaba la cabeza, luego los hombros y finalmente desaparecía. Al rato lanzaba la pelota y Joaquín aplaudía ¡YEEE!, mientras él se descolgaba temeroso de pisar mal el banquito.

Un día la cometa que estaban volando se enredó en los cables y el papá tuvo que treparse como un trabajador de la luz. Estuvo en la punta del poste dale que dale con un escobillón, hasta que desenredó la cometa.

Cuando bajó, en medio de mucha gente del barrio, tenía acalambrado el brazo y estaba completamente sucio. No solo la ropa, sino que le había caído caca de paloma en la cabeza.



LA PRIMERA TRAMPITA

Así fueron pasando tantas cosas...

Que si Joaquín había perdido un juguete, el papá tenía que encontrarlo antes de que le diera un berrinche. Le decía:

—Paciencia, hijito. Cuenta hasta diez.

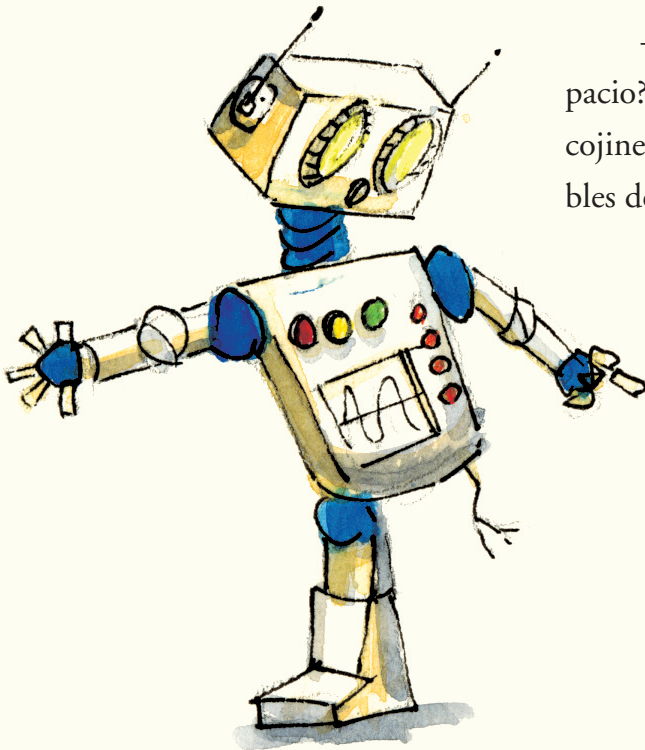
Entonces Joaquín se ponía a contar, y él corría de un lado a otro. Cuando iba en siete, ocho...

—Mejor cuenta hasta veinte —le pedía a la carrera.

A veces el papá se desesperaba:

—¡¿No puedes contar más despacio?! —mientras rebuscaba entre los cojines o gateaba debajo de los muebles del comedor.

Que si la pierna de un muñeco se había soltado, el papá tenía que meter un tornillo y arreglarlo. Que si la rueda del camión se había roto, el papá tenía que serruchar la punta de un palo de escoba y colocar la



nueva rueda con un clavo. Que si Joaquín quería disfrazarse de su superhéroe favorito, el papá tenía que hacerle el cinturón y la capa y el antifaz. Todo perfecto.

Que si... un montón de cosas de más. Hasta que un día ocurrió lo siguiente:

Eran casi las siete de la noche y el papá volvía de trabajar. Pasó por una tienda de golosinas y pensó en comprarle algo a Joaquín. Entró y compró un **CHOCOQUIWI, recargado chocolate relleno con quiwicha**, que guardó en su maletín.

Cuando entró a su casa, saludó a su esposa y preguntó por Joaquín.

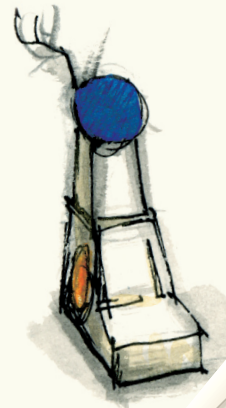
—Arriba, viendo tele —contestó ella.

El papá subió a grandes trancos la escalera (cuando regresaba estaba ansioso por ver a su hijo) y entró al cuarto.

—Hola pa —saludó Joaquín y enseguida señaló la pantalla—. ¡Cómprame eso!

En ese momento había un comercial donde un gladiador (con músculos explosivos) le decía a un niño: “¡Pídele a tu papá Chocoquiwi! No lo olvides: tu **recargado chocolate relleno con quiwicha**”.

El papá sonrió porque se dio cuenta de que era el chocolate que había comprado y se le ocurrió una travesura.



—Nnn nnn —le contestó—, porque te pone debilucho.

—¡Al contrario! —exclamó Joaquín—. Es bueno porque me saca musculazos.

—Bueno —aceptó el papá—, pero ni pienses que voy a salir a comprarlo.

—¿Entonces?

—Voy a hacerlo aparecer —dijo el papá y dejó el maletín.



—¿Aparecerlo? —preguntó extrañado Joaquín.

El papá hizo shuss con el índice en los labios. Se concentró unos segundos y dijo lentamente, apuntando al maletín con el mismo dedo:

—Quiero que aparezca ahí una barra de Chocoquiwi.

Luego se miró el dedo como no sabiendo qué hacer con él. Joaquín estaba muy atento... así que lo vio meterse el índice a la boca y luego de hinchar un cachete, lo sacó muy rápido. Sonó ¡PLOP! como si descorchara una botella.

Hubo un momento de silencio.

—¿Puedo ver?

—preguntó Joaquín.

El papá asintió con la cabeza. Entonces Joaquín abrió el maletín y puso exactamente esta cara...

